

DOCUMENTOS INÉDITOS SOBRE LA VANGUARDIA ARTÍSTICA ESPAÑOLA (II). EL JOVEN BORGES Y LA VANGUARDIA ULTRAÍSTA

Javier HERRERA

1. PROEMIO

Prescindiendo de su consideración como género literario, la carta posee en sí misma un valor documental innegable y, en el caso de épocas con escasos o precarios medios de comunicación, una extraordinaria importancia para la relación intelectual entre personas más o menos afines. Por eso su descubrimiento ayuda en no pequeña medida a derribar sólidos muros de silencio o a refrescar la memoria de los desmemoriados interesados o de los simples especialistas ignorantes.

Los críticos y mitómanos borgeanos –que son legión–, bajo el impulso, acaso, de la maniática exigencia respecto a sí mismo del propio Borges de negar cualquier trascendencia literaria a su producción anterior a *Fervor de Buenos Aires*, jamás han pasado de la simple cita nominativa al referirse a su relación amistosa con el poeta sevillano Adriano del Valle, a quien conoció, al menos, entre la primavera de 1919, cuando ambos coinciden en la capital hispalense (muy poco después de llegar los Borges, en su periplo europeo, a España), y 1923, año de su segundo viaje al viejo continente¹. Dicha amistad, ahora, puede quedar perfectamente documentada (y esperemos que ya no silenciada) gracias al descubrimiento de cuatro cartas y una tarjeta postal que dirigidas al poeta sevillano entre las citadas fechas conserva el Departamento de Manuscritos de la Biblioteca Nacional dentro de los documentos que conformaron su archivo personal². Al mismo tiempo tales cartas pueden también contribuir a conocer un poco más a ese joven Borges tan humano y tan distinto al que después su misma genialidad se ha encargado interesadamente de mostrarnos y de cuyas amistades españolas sólo se salvaron de la quema (y a menudo para ser sometidos entre sí a comparación) Rafael Cansinos Assens y Ramón Gómez de la Serna.

¹ Por otra parte –y esto ayudaría a comprender dicha cicatera carencia– el mismo Borges sólo en una ocasión cita a Adriano del Valle dentro de esa particular y extensa enciclopedia que es su obra; en el artículo «Apuntaciones críticas. La metáfora» aparecido en la revista *Cosmópolis* en 1921.

² Las dimos a conocer en el número 312 (20 de julio de 1991) del suplemento *Culturas* del periódico *Diario 16*.

2. LA FAMILIA BORGES EN SEVILLA

Si es incuestionable que Cansinos ha salido beneficiado para la posteridad gracias a su condición de «maestro» reconocido por el propio Borges, no es menos cierto que el primer contacto del argentino con el *ultraísmo* (que significa el comienzo de su vida literaria) y la primera vez que escucha algo relacionado con Cansinos, tiene lugar en Sevilla durante la primavera de 1919 a través de los componentes de *Grecia* (revista en la que publicaría «Al mar», su primer poema), entre los cuales se encuentra, junto a Isaac del Vando-Villar y Luis Mosquera, Adriano del Valle.

Este, dos años después, en su sección de crítica de libros de *El Noticiero Sevillano*, en la que comenta la obra *Rompecabezas* de sus otros dos amigos, recuerda aquellos años gloriosos de *Grecia* y cómo conoció a la familia Borges.

Fue en una noche de primavera. Adriano —que estaba cumpliendo el servicio militar— daba una conferencia literaria en el Centro de Estudios Teosóficos, a la que asistió la familia Borges en pleno, hospedada a la sazón en «un hotel —según sus propias palabras— de la Plaza Nueva, el que —según afirma su dueño en los reclamos— tiene más balcones abiertos a la clara luz del mediodía» y que no es otro (como no podía ser menos) que el Hotel Inglaterra. «Jorge Luis —dice el sevillano— aparecía asomado a los grandes espejuelos de sus lentes de miope, como el que se asoma a esos espejos convexos donde todas las imágenes se ven torturadas», y comparte con él la admiración por Walt Whitman: «también él parecía soportar sobre sus hombros inclinados todo el peso de los orbes líricos del viejo cantor americano» afirma Adriano al respecto. De su padre recuerda que «fumaba su opio intelectual, comentaba a Stirner, traducía a Omar Kayán y nos hablaba de sus especulaciones filosóficas sobre pragmatismo y lógica matemática», pero, sobre todo, es Norah, la hermana de Jorge Luis, quien produce en él un fuerte impacto, que se traduce de inmediato en gran admiración y afecto.

Durante su estancia en Sevilla, la familia Borges se reunía todas las noches en el hotel con el grupo de jóvenes poetas sevillanos, veladas en las que Adriano ejercía como «lector de cámara», según él mismo se autocalifica. «Leía —dice— las prosas de Cansinos-Assens; los *motivos primaverales* de José María Romero; *El poema de las calles triunfales* de Isaac del Vando, que luego tradujera Jorge Luis al francés; las prosas de Luis Mosquera; *Satyrión*, de Rogelio Buendía —la *Fábula del Hermafrodito*, como le llamo yo; ese incomparable poema helénico, que tiene mucho del oro y de las montañas de Lugones —*El Himno del Mar*, de Jorge Luis Borges... Yo leía también mis últimos versos de aquella época: *El Salomón Magnífico*... Yo me creía entonces un suntuoso órgano catedralicio». También organizaban «decorativas cenas de artistas, que se terminaban al alba; cenas de dulces y frutas —*azúcares de fresa y miel de higo*—; cenas en que las naranjas hespéricas —*el bello fruto de la luz*, como las signó líricamente Apollinaire—, abrían sus puertas magníficas, sobre los goznes sigilosos de su pulpa fresca y sabrosa, como las deslumbrantes estancias de unos maravillosos palacios de cuentos orientales». Y las caminatas nocturnas, en las que «Isaac, Mosquera, Jorge-Luis Borges y yo, éramos como los cuatro jinetes apocalípticos». Y finalmente Adriano nos revela la afición de Jorge-Luis al juego de la ruleta: «Isaac y Jorge-Luis organizaban juveniles excursiones al fabuloso país de la ruleta, esa Rosa de los Vientos, de los naufragos de la mala Fortuna, zodíaco para

las astrales numeraciones de Pitágoras, girándula de colores, corona de luz del castillo de fuegos artificiales de las ilusiones del momento».

3. BORGES EN MADRID (1919): «EL COLONIAL»

No sabemos el tiempo exacto que la familia Borges estaría en Sevilla, el hecho es que en ese mismo año (acaso ya en el otoño) se encuentra en Madrid, ciudad que a Jorge-Luis le parece «agria y adusta» según palabras de la primera carta, y en donde recibe una carta de Isaac, Adriano y Mosquera a la que contesta al día siguiente desde un café («¡Qué tinta más acuosa es esta del café!», dice en un pasaje).

Comienza saludando a sus amigos sevillanos de esta entusiasta y triádica manera: «Acabo de recibir –ayer– vuestra frondosa carta colectiva, divino triángulo, muy santa trinidad, tres marías, trirreme, trimurtí, trípode» para pasar luego a elogiar la prosa de Adriano con estas palabras: «Esa prosa himnica tuya, Adriano, es una cosa oceánica, enorme. Aquí me tienes, aún deslumbrado y maravillado de su pujanza adámica, aún restregándome los ojos ante su esplendor por segunda vez descubierto». Seguidamente le cuenta cómo conoció a Cansinos –de la mano de Pedro Garfias– y a los demás miembros de su «cenáculo», López-Parra, Correa Calderón y Panedas «el más sencillo y el más grande de todos», en su tertulia de «El Colonial». La impresión que tuvo del café es deslumbrante y da lugar a esta prosa exquisita: «Es un café –dice– lleno de luces y de espejos que lo ensanchan, que lo hacen infinito, que multiplican las panojas de luces de oro, que fructifican los racimos de rostros, que le dan algo de Laberinto, algo de estar en el centro del universo, de partir de las neblinas de la prehistoria y marchar hacia las venideras auroras», y afirma de Cansinos «que no se parece nada a su efigie de la cubierta del Divino Fracaso» y que «estuvo muy amable conmigo». Desde ese día hasta su marcha de Madrid en abril de 1920 no dejaría de frecuentar a Cansinos, de quien, ya al final de su vida, recuerda lo siguiente: «Fue una de las últimas personas que vi antes de dejar Europa y fue como si me encontrara con todas las bibliotecas de Occidente y de Oriente a un mismo tiempo. Se jactaba de poder saludar a las estrellas en catorce idiomas clásicos y modernos. Era un hombre que había leído todos los libros del mundo; por lo menos esa era la impresión que a mí me daba cuando hablaba con él... En su tertulia no se permitía que nadie hablase mal de nadie»³.

Luego cuenta que acompañaron de madrugada a Cansinos a su casa Garfias, Panedas, un tal Luque⁴ «que debe ser mudo o idiota» (colaboraría en el primer número de *Ultra*) y él, y que durante el camino provocó «una bella discusión, de esas que yo busco, diciendo que en un par de siglos cuando nadie se acordara de ninguno de los presentes, quedaría el nombre de Pedro Luis de Gálvez»⁵.

³ Cfr., ALIFANO, Roberto, *Conversaciones con Borges*, Debate, Madrid, 1986, p. 102.

⁴ Se trataría del poeta egabrense Tomás Luque, colaborador también de las revistas *Alfar*, *Grecia* y *Horizonte* y que justo en ese mismo año se encuentra en Madrid. Véase BONET, Juan Manuel, *Diccionario de las vanguardias en España*, Alianza, Madrid, 1995, p. 387.

⁵ Colaborador de *Grecia*, su poesía era bastante ripiosa, por lo que se entiende la ironía de Borges, ya entonces muy acentuada. Véase BONET, *Diccionario...*, p. 267.

Por otra parte, esta carta demuestra que Adriano del Valle era su único interlocutor en Sevilla, ya que a la hora de la despedida envía saludos al «gran Isaac» (siempre se refiere en esos términos para designar a Isaac del Vando-Villar) y al resto de sus amigos sevillanos. Igualmente le dice a Adriano que aguarda «con gran curiosidad tu narración astral y enjoyada en *Grecia* (subrayada por tres veces)» y concluye con un afectuoso «te abraza, whitmánico (por Walt Whitmann) Adriano».

Del 28 de marzo de 1920 es una tarjeta postal que reproduce el cuadro «La pascua de Pentecostés» de El Greco y que certifica la visita de Jorge-Luis y Norah a Toledo; sin embargo la tarjeta está enviada desde Madrid tal y como demuestra el matasellos. En ella los dos hermanos acusan recibo de esa «narración astral» a la que se refiere Jorge-Luis al final de su carta, y que no se trata sino del *Poema Sideral* publicado en el número 42 de *Grecia*, aparecido tan sólo ocho días antes. La reacción de Jorge-Luis al leerlo es ésta: «Laus Deo himaláyico Adriano! Tu poesía es enorme. Quisiera tener hojas amplias como horizontes para dignamente abrazarte».

4. NORAH: LA MUSA SIDERAL

Si es indudable que la relación amistosa de Adriano del Valle con Jorge-Luis Borges es fundamentalmente de índole literaria no lo es menos que por su hermana Norah sintió una especial predilección –casi diría adoración– que se manifiesta por vez primera en el *Poema Sideral* a ella dedicado con estas inequívocas palabras: «Dedico este Poema Sideral a Norah Borges Acevedo, que cabalgó junto a mí corazón durante tantas noches inolvidables». La respuesta de Norah al poema se produce en el reverso de la tarjeta postal antes citada en los siguientes términos: «En esta mañana de sol en Toledo después de encantarnos en el paisaje que mira al río, y en la casa blanca del «Greco» hemos pensado con Jorge en su magnífico poema! Se lo agradezco en infinito. Es lindísimo! Es un derroche de estrellas. A Ud. mis recuerdos. Norah».

En dicho poema en prosa, en el que la imaginación de Adriano del Valle (asume la voz del poeta Centauro y se autocalifica de «Sagitario de la Lira») se desborda hasta los límites más insospechados, Norah es la omnipresente protagonista, real y al mismo tiempo inalcanzable, a quien los poetas, los mares y las estrellas cantan sus excelencias y le ofrendan todo lo que tienen cual si se tratara de una criatura celestial, una «amazona sobre la desnuda grupa de la constelación del Centauro».

Y no era para menos, pues Norah por aquellos años (tenía dieciocho) era una deliciosa y atractiva, pero «inquietante muchacha» (en el decir de Ramón Gómez de la Serna)⁶, espléndidamente dotada para el dibujo, que había estudiado con Romero de Torres en Córdoba y con el sueco Sven Westman en Mallorca, que iniciaba sus colaboraciones en las revistas ultraístas de la época y que, acaso, ya en la fecha que marca la postal conociera a quien sería poco tiempo después su marido: Guillermo

⁶ Cfr., GÓMEZ DE LA SERNA, Ramón, *Norah Borges*, Losada, Buenos Aires, 1946.

de Torre, cuyos poemas –dice Ramón– «alcanzan más en su cielo como aviones ágiles y valientes» que los meteoritos siderales de Adriano «El Centauro».

Por eso unos años más tarde, en el artículo anteriormente glosado, Adriano del Valle reivindica para sí en exclusiva el honor de haber descubierto a Norah Borges en Sevilla: «Quiero erigirme aquí en un gozoso Cristóbal Colón ante la tierra virgen entrevista... Reclamo para mí toda la gloria de aquel afortunado descubrimiento, toda la gloria por el feliz hallazgo de aquella hermosísima perla intelectual, que lució entre nosotros, durante mucho tiempo, la mágica luz de su más raro y puro oriente. ¡Oh, Norah Borges, amazona como Pentesilea, hermosa y rubia como un rico tisú de oro, fina como las jirafas del Desierto, de bellos ojos aterciopelados como dos grandes ópalos enfermos que brillasen en el fondo de unas claras copas de cristal, rebosantes de aguamarina!». Y cuando en las veladas nocturnas del Hotel Inglaterra él se convertía en lector de cámara: «Yo leía bajo una imaginaria urna de cristal que creía formar, para Norah y para mí, con mi palabra vibrante y recortada», ella «tomaba rápidos apuntes para sus modernísimos dibujos».

En efecto, por aquella época sevillana, Norah, deslumbrada por los clásicos italianos, por Picasso y el cubismo, comenzaba a perfilarse junto a Barradas, Bores, los Delaunay, Paszkiewicz, Jahl y Vázquez Díaz como uno de los mejores exponentes de la plástica vanguardista española ligada a las experiencias futuristas y dadaístas europeas y que se manifestaba fundamentalmente en los terrenos de la ilustración, de la cubierta del libro y del cartel así como en actos públicos de provocación y exaltación de lo «nuevo». Norah, según cuenta Adriano, le ilustró su poema *El Salomón magnífico* justo donde dice: «...tiendas de telas rosadas / para las esclavas negras»; le hizo un retrato, vestido de uniforme leyendo versos «con una expresión de ángel de Botticelli, como decía ella... Un ángel militarizado, contestábale yo»; un dibujo titulado *Como yo me figuro que es la novia de Adriano* («Mi novia –recuerda– era entonces Carmela, una morena llena de ardor y de sombras profundas, como un pozo que estuviera abierto en la tierra cálida...») y otros, cuyos títulos, eran: *El jardín del centauro*, *La voluptuosidad de las telas*, *El pomar*, *Palcos*, *El Centauro vendimiador*, *El ángel del violoncello*... Dicha colaboración de Norah con Adriano, que sepamos, llegaría, si bien ya de un modo intermitente, hasta 1927, año en el que aparecen en *Papel de Aleluyas* dos dibujos suyos: en el número 2 el titulado «Plaza Nueva de Sevilla» y en el número 3 una viñeta deliciosa alusiva a la creación de Adán y Eva⁷.

Respecto a los sentimientos de Adriano para con Norah no hay más que leer las dedicatorias de los poemas inspirados en ella para comprobar la profundidad de los mismos y el amor (acaso no correspondido) que por dicha criatura sentía. Así, por poner sólo unos ejemplos: «A Norah Borges, reiteradamente y sin palabras» en *Alba*, *tarde* y *nocturno* y «A Norah Borges, dominadora Vésper divina, que imprime la huella de su sandalia estelar sobre el Mediterráneo que hay en mi corazón...» en *Novilunio de amor*.

⁷ Cfr., el trabajo decisivo de ARTUNDO, Patricia, *Norah Borges. Obra Gráfica. 1920-1930*, Fondo Nacional de las Artes, Buenos Aires, 1994.

5. BORGES EN MALLORCA

Tras su estancia en Madrid los Borges se trasladan en abril de 1920 a Mallorca «porque era barata, hermosa y difícilmente habría más turistas que nosotros» según reconocería años más tarde. En la isla, entre Palma y Valldemosa, estarán hasta febrero de 1921 y en ella Jorge-Luis se integra plenamente en su vida social y cultural. Allí, junto a su gran amigo Jacobo Sureda⁸ y otros, como Juan Alomar, Miguel Ángel Colomar y los hermanos Vives, participa en los debates literarios que enfrentaban a los ultraístas con la tradición conservadora, publicando artículos y manifiestos en los diarios y revistas isleñas de la época.

Es muy probable que desde la tarjeta postal de Toledo, Borges no hubiera escrito a Adriano del Valle, pues al comienzo de esta segunda carta, tras un «Adriano, salve!», dice: «que estas líneas (*sic*) vengan a partir el glaciario vasto de silencio que se había levantado entre mis días y los tuyos». Escrita días antes de partir de Mallorca y en papel con membrete del Círculo Mallorquín –local social en el que frecuentaba una peña de amigos en la que se discutía del «retorno eterno de Nietzsche, la cuestión irlandesa, el yo y el no-yo, el dadaísmo, la revolución social, e inevitablemente –el ULTRA» según confiesa en carta a Sureda y reproducida por Meneses– expresa en ella su angustia por el inminente retorno a Buenos Aires el 4 de marzo desde Barcelona («a todos, incluso a Norah –dice–, nos desagrada eso de volver a América. Espero estar de vuelta en España antes de un año de destierro») y no desde Tarragona como algún autor erróneamente ha afirmado. El hondo pesar que le invade al abandonar España, y que significa también el final del periplo europeo de su familia, se manifiesta de un modo admirable en otro párrafo de la carta: «Como presintiendo mi fuga, todo se vuelve desdibujado y lejano: las calles son recuerdos borrosos de las calles, las chicas en los paseos son como antiguas novias olvidadas y hasta el sol parece un garabato tatuado en el azul». No se puede –efectivamente– expresar mejor la tristeza de un joven que había disfrutado de todo lo divino y lo humano durante los dos años largos de estancia por nuestra geografía.

Sureda vivía en Valldemosa, ciudad a la que con cierta frecuencia acudía Jorge-Luis para estar con su amigo, y con una hermana de éste, Elvira, por quien parece ser, a juzgar por las continuas menciones que le hace en sus cartas, sentía cierta atracción. A una de esas visitas se refiere en esta carta al contarle: «Ayer estuve en Valldemosa: ante tus olivares y tus montes y el estandarte de tu Mediterráneo allá lejos, leímos Sureda y yo el Novilunio de Amor y el Salomón Magnífico y lo de la Piel de Tigre clavada en las Estrellas (todos ellos poemas de Adriano recientemente publicados en *Grecia*) y nos alcoholizamos de imágenes y de sonoridad».

Ya hemos dicho que el joven Borges participa intensamente de todas y cada una de las características que se asocian comúnmente a la juventud: era ardiente y apasionado en sus batallas literarias, polemista y juerguista, jugador de ruleta, frecuentador de peñas, círculos sociales e incluso de casas de «chicas averiadas»

⁸ Toda su estancia en la isla está perfectamente documentada en el trabajo de MENESES, Carlos, «Una provechosa amistad, Borges y Mallorca», aparecido en el libro *España en Borges*, Ediciones El Arquero, Madrid, 1990, pp. 95-112. Más recientemente este mismo autor ha publicado *Borges en Mallorca, 1919-1921*. Altea, Alicante: Ediciones Aitana, 1996.

(como gusta llamar a las casas de citas, en concreto a la conocida «Casa Elena»), enamorado y bebedor, y que, sin embargo, no descuidaba sus lecturas y su vocación literaria⁹.

Esa su faceta juvenil, tan desconocida u olvidada, la muestra a la perfección en esta carta al resumirle a Adriano su actividad en Palma: «Leer mucho,arquitectar poemas sintéticos donde aún perduran los aceros, las banderas y las iluminaciones¹⁰. Y —en las noches— discutir en la peña del café e intentar la conversión al Ultra de algún isleño de estos. Unas cuantas polémicas en los periódicos, *un* (*sic*: en cursiva) paréntesis amatorio, unas martingalas de ruleta que fracasaron lamentablemente y el recuerdo de Sevilla y de Madrid ante los ojos del espíritu: he aquí el inventario de mis horas».

6. LA ÉPOCA DE «PRISMA» Y «PROA»

Cuando Borges retorna a Buenos Aires (recuérdese que para él volver allí suponía una especie de destierro) parece que descubre literalmente a su ciudad natal y que todo lo anteriormente vivido más fuera producto de un espejismo que verdadera realidad. Lo cierto es que, desde entonces, toda su obra anterior no cuenta y comienza a distanciarse de las corrientes vanguardistas españolas iniciando un camino propio que culminará en *Fervor de Buenos Aires*, su primer gran libro, que se convertirá en origen y señuelo de su compleja obra. Sin embargo, como es lógico, esa ruptura definitiva con lo que parecen ser veleidades juveniles no se produce de golpe, sino que es fruto de un progresivo proceso de decepción al percatarse de no poder lograr una amplitud universal en el conocimiento y al comenzar a descreer del lenguaje como medio para conseguirlo. Ya antes de su regreso a Buenos Aires se manifiestan los primeros síntomas de ese devenir y en carta a Sureda escribe: «Espero no literaturizar nunca, pero cualquiera sabe. Inútil decirte que no he logrado encontrar teoría alguna capaz de encerrar la totalidad de la vida»¹¹. Las dos cartas que envía desde la capital bonaerense a Adriano del Valle son de esa época, si bien en ellas no se refleja dicha problemática, sino que son más bien testigos excepcionales de sus últimos coletazos dentro del espíritu ultraísta y de las dos revistas, *Prisma* y *Proa*, que junto a otros poetas allí funda.

La primera de ellas, escrita tras un mes de verano «entre sierras, arenales interminables y una ausencia total de la menor vegetación», pasado en Chubut, en la Patagonia, acusa recibo del «Poema pastoral» de Adriano y realiza una crítica elogiosa del momento «creacionista» en el que se encuentra el poeta sevillano. Dice así: «Por él veo (se refiere al poema antes citado) que has continuado el camino que indicaron tus versos últimos de *Grecia* y *Reflector*. Esto es el creacionismo,

⁹ Esta imagen de Borges ha sido corroborada muy recientemente por uno de sus estudiosos más enervorizados, Marcos Ricardo Barnatán en *Borges. Biografía total*, Madrid: Temas de Hoy, 1995.

¹⁰ Se refiere aquí Borges a poemas tales como *Guardia roja*, *Gesta soviética* o *Judería* realizados al estilo del expresionismo alemán del momento y destruidos por el propio autor poco después de abandonar Mallorca.

¹¹ Citado por MENESES, Carlos, «Una provechosa amistad, Borges y Mallorca», en *España en Borges*, Ediciones El Arquero, Madrid, 1990, p. 111.

la consecuencia lógica de Góngora y de Rubén, si bien en los poemas que éstos forjaron hay muchas palabras que ya no tienen valor emocionante alguno, y en los tuyos hay más travesura, más música y más placer evidente en la cacería de imágenes y en la sorpresa que es cada vocablo». Luego le informa que en esa misma semana saldrá el número segundo de *Prisma*, revista mural, portadora de los valores ultraístas y en la que colaboran casi todos sus amigos españoles capitaneados por Cansinos y entre los que se encuentra Adriano, cuyo poema «Naufragio», aparecido anteriormente en *Ultra*, se publica en el primer número de la revista de Borges.

Aún imbuido de ultraísmo durante el resto del año 1921, explica después a Adriano sus actividades en ese sentido: «El ultraísmo —dice— va viento en popa: una conferencia en el Ateneo, insultos en los diarios más conocidos, colaboradores espontáneos de aquí, de Chile y de la República Oriental, y mucho entusiasmo entre los diez muchachos que integramos la redacción de *Prisma*.» Por el resto de la carta, entre felicitaciones a Adriano por su próximo casamiento y saludos a Mosquera y Rogelio Buendía, nos enteramos de un próximo retorno a Europa para operar a su padre de la ceguera.

Prisma desaparecerá enseguida de las paredes de Buenos Aires, siendo sustituida por *Proa*, de un formato semejante a la española *Ultra*, según afirma en la última carta dirigida a Adriano ya en 1922, y en cuyo número 2 se publicarían algunos poemas suyos, entre ellos «Claridad», en el decir del argentino «tan límpido, tan sonoro, tan diamantino». En su redacción, formada por los mismos de *Prisma*, «descuella la dieciochesca pelibermeja y entusiasmada Norah Lange»¹². El tono de esta carta es más familiar y menos literario: su párrafo más extenso está dedicado a criticar la presencia, nada grata para Borges, de «nuestro desvencijado amigo Forcada»¹³, acaso uno de sus amigos sevillanos de «antiguas discusiones y vagancias». Es curioso observar cómo apenas pasado un año de su estancia en España se refiera a ella como si se tratara de algo «antiguo», como si en ese año hubiera madurado una eternidad: sin duda se encontraba ya trabajando en *Fervor de Buenos Aires*, en el que hace tabla rasa de toda su anterior producción.

Dentro de ese tono confidencial y amistoso, Jorge-Luis revela a Adriano su pesadumbre por la imposibilidad de ver a una joven de la que estaba enamorado: «¿Te hablé —le confiesa— de mi amor por Concepción Guerrero, una niña andaluza muy linda, muy serena, muy conmovedora? Ya se desmoronó todo aquello; no la dejan encontrarse más conmigo y ando desabrido y triste sin lograr nunca verla», confesión que es complementaria a la que dirige a Sureda¹⁴ por las mismas fechas y que contradice todas y cada una de las teorías que se han vertido recientemente para explicar la relación, un tanto misógina, del poeta argentino con el sexo opuesto. Con una justificación por no haber publicado la dedicatoria a él dirigida en el «Poema

¹² Mujer del poeta argentino Oliverio Gironde, colaboradora de las revistas *Alfar* y *Vértice*. Cfr., BONET, *Diccionario...*, p. 294.

¹³ Se trata de Manuel Forcada Cabanellas, escritor argentino que pasó su juventud en Sevilla donde conoció a Borges y a Adriano del Valle. Cfr., BONET, *Diccionario...*, p. 255.

¹⁴ Cfr., MENESES, Carlos, «Borges, él mismo», en *Jorge Luis Borges. Premio Miguel de Cervantes 1979*, Anthropos, Barcelona, 1989, p. 65.

Pastoral» de Adriano del Valle («resulta un tanto enfático y vanidoso que en mi propia revista salgan poemas dedicados a mí»), saludos de toda la familia, un «te abraza con fervor ecuatorial y candente» y un «escribe pronto» termina, al nivel de nuestros conocimientos actuales, esta relación epistolar con el poeta sevillano, tan iluminadora en la revelación de la cara oculta del gran poeta argentino.